

Videopolítica y teledemocracia

En un contexto internacional de aldea global de comunicaciones y crisis de los partidos políticos, nuestras repúblicas democráticas son repúblicas electrónicas y las campañas electorales se convirtieron en campañas que se desarrollan en los medios de comunicación, especialmente en la pantalla de televisión. La política se convirtió en la videopolítica y la democracia en teledemocracia.



OSCAR
ALVAREZ

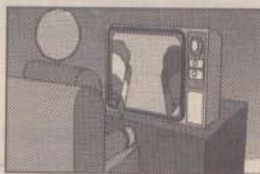
Esto quiere decir que la tribuna de plaza pública fue sustituida por el *set* de televisión y las concentraciones

de teatro popular con públicos de miles, de decenas de miles o de centenas de miles fueron sustituidos por unos públicos de millones de televidentes. Lo cual significa que los debates llegan a un mayor número de personas, aunque también es cierto que con frecuencia adquieren un tono más "light" (ligero), menos espontáneo y menos natural.

Por lo demás, los políticos han perfeccionado sus conocimientos técnicos para operar en el nuevo mundo del lenguaje visual. Los más exitosos se convierten en nuevos caudillos electrónicos. La lucha de los partidos políticos es, sobre todo, lucha para controlar los medios de comunicación, especialmente la televisión.

Con la ayuda de sus asesores se apropian de las encuestas de opinión, saben lo que piensa y siente la gente y, entonces, tienden a adecuar su discurso a

▼ La plaza pública fue sustituida por el *set* de televisión



las tendencias predominantes en las encuestas. Es decir que antes de ser seguidores de Marx, de Adam Smith, de Maritain o de Bernstein, son seguidores de Gallup, son seguidores de las encuestas.

Tienen como objetivo el aumento en el caudal de posibles votantes para tomar el poder y por tanto, van a eliminar (o a limar) todos los planteamientos que puedan significar pérdida de votos. Salvo casos excepcionales, como cuando atacan ciertos intereses o tesis impopulares, lo cual les hará perder unos cuantos votos y sumar los de la mayoría.

No sólo el discurso, sino la imagen general del candidato será manejada por los asesores con criterios modernos de mercado político.

Debido a estos factores, los debates presidenciales se han convertido en una especie de "show" electrónico, en el que los candidatos son verdaderos actores de televisión, bajo la guía de sus asesores políticos y de imagen. Dicen lo que hay que decir para llenar las necesidades del público, aumentar los apoyos electorales y, además, lo dicen en el estilo o tono más adecuado para llegar a los ciudadanos/televidentes. Los debates tienden a uniformarse en un estilo ligero para llegar a las emociones, al corazón de los televi-

dentos. Los debates no son de razones, sino de emociones.

El nuevo ágora es, entonces, la cadena nacional de televisión que transmite el debate entre los aspirantes a la presidencia de la república. El nuevo ciudadano es, entonces, el televidente.

El ser humano continúa siendo un animal político (como decía Aristóteles), pero es ahora un animal político televidente, que va a ejercer sus derechos el día de la votación introduciendo su papeleta en las urnas o dando su respuesta a las empresas encuestadoras, pero que formará su opinión ante la pantalla del televisor.

Platón había dicho que la democracia era una especie de teatrocracia, en donde los políticos estaban condenados a ser actores de teatro. Pues bien, ahora nuestros políticos están condenados a ser actores, no de teatro, pero sí de televisión en la aldea global de las comunicaciones.

Nos guste o no nos guste estamos en la era de la videopolítica, del videopolítico y de los nuevos caudillos visuales. Y en ese marco, es esencial el mensaje que llega a los sentimientos, a las emociones y el mensaje que llega (a veces subliminal) a los niveles no/racionales del televidente.

En el marco mencionado, los debates presidenciales son eventos de la república electrónica, de la videopolítica, en donde los candidatos son actores de televisión, poliautores y los ciudadanos son televidentes de un "show" con tonos cada vez más uniformes, cada vez más ligeros, cada vez más lejanos de las ideologías, de los programas de gobierno y de los grandes temas de la filosofía política.